

«Amigo Pepe: El domingo á las diez de la mañana estaré en la mesa petitoria de la iglesia de San Francisco, con el fin de allegar recursos para los pobrecitos de la Beneficencia. Le suplica la asistencia su afectísima LOLA».

Veamos, decía el enomorado doncel, leyendo la *epistola de sus apuros*, lo que encuentro en mi baul para responder galantemente á las exigencias de mi bella Lolita. Nada, no encuentro absolutamente nada, que en buen pago valga tres perras chicas..... Si este libro de Higiene pública lo quisiera tomar algún librero..... Pero están los exámenes tan cercanos..... Vaya, me privaré de la Higiene en obsequio á mi amada.....

II

—¿Cuánto dice Ud. que me dá por este libro de Higiene pública?

—Cuatro pesetas.

—Si pudieran ser cinco; ya ve Ud. que es el texto oficial para el presente curso.

—Sí...., pero es que la Higiene, desgraciadamente, nadie la busca en esta casa. No obstante pondré cinco pesetas según los deseos de usted.

III

Pepe entra por las puertas de la casa de Dios, más triunfante que un emperador romano á quien fueran á coronar por sus victorias.

Lolita estaba guapísima en la mesa petitoria, entre dos viejas que mascullaban sus últimos rezos, mientras ella departe graciosas sonrisas á los que van á depositar su óbolo, inducidos por cumplir con las apremiantes atenciones sociales, más que por un deber de caridad.

Pepe mira todo lo que sucede á su lado lleno de júbilo. Por fin se decide, y sacando triunfante su duro lo deja caer en la bandeja. Pero ¡ah! desgracia, que el duro al chocar con el metal de la bandeja, produce un ruido extraño y deferente al sonido de las demás monedas.

Cuando Pepe vuelve amoroso la cabeza para recoger la sonrisa de su amada, á que le hace acreedor sus cinco pesetas, la voz mal humorada de la tenderita le espanta. Llena de ira exclama: «caballero, está Ud. cometiendo un grave sacrilegio: esa moneda es falsa».

E. MIRANDA Y RICO.



¡QUÉ COINCIDENCIA!

Hace ya bastante tiempo
que la esposa de don Casto

que se encontraba malucha, salió á tomar unos baños. No pudiendo ir el marido —que está en Madrid empleado— le suplicó á un primo suyo que la fuese acompañando. El primo, que no es tan primo como lo es el pobre Casto, aceptó la comisión sin mostrar ningún reparo. Transcurrieron varios meses, de escribirle se olvidaron, por lo cual Casto pensaba: «Sin duda les ha pasado algún percance. ¿Quizás esté alguno de ellos malo?» «Pondré un telegrama, dijo, «y si es que está mala salgo presuroso de la Corte.... Fué al telégrafo don Casto, y así puso el telegrama, con caracteres muy claros: «Estoy sin saber de tí, debe de suceder algo, temo que te encuentres mala: ¿qué tienes mi cielo? ¿Parto?» Y al ver el parte la esposa, exclamó al punto: «¡Zapato! lo que dice mi marido... ¿Cómo lo habrá sospechado?»

José Sabau y Romero



SONETO

Instruir deleitando honestamente con la pluma, el buril y el lapicero, sin que pueda decir el mundo entero sino que CUENCA es pulcra, leal, valiente, culta, noble, cristiana y diligente; de lo bueno, lo bello y verdadero; más amiga del bien que del dinero; sin política alguna que la aliente, ni más aspiración, por el momento, que defender los fueros señoriales de la virtud, la ciencia y el talento y los del arte y glorias nacionales, ese es nuestro programa, hoy el cimiento de otras empresas más transcendentales.

MIGUEL SANTA MARÍA.

